

## El ídolo de la cueva\*

Mark R. HARRINGTON<sup>1</sup>

Traducción y digitalización: Boris Rodríguez

“La gente me dice, señor, que ha descubierto una cueva en La Patana en la que encontró arañas peludas hasta las rodillas. ¿Es eso un hecho?”

Tuve que informarle al señor que no debía confiar en los chismes del país, especialmente en lo actual sobre con Cabo Maisí. El término que utilizó, *arañas peludas*, estrictamente interpretado como “arañas peludas”, en Cuba se refiere a las tarántulas. No encontramos tarántulas hasta las rodillas en la cueva que tenía en mente, pero lo que encontramos fue casi igual de extraordinario e inesperado.

Mi primer indicio de que existía tal cueva llegó algún tiempo antes, durante mi expedición arqueológica, enviado por el Museo del Indio Americano, y su Fundación Heye, estaba acuartelado en el pequeño pueblo de Jauco en la costa sur de Cuba, a cierta distancia al oeste de Maisí. Bien recuerdo la noche en que un demacrado joven cubano con su traje blanco manchado de arcilla roja de las colinas, llegó de La Patana, llevando un misterioso bulto envuelto en sábanas de algodón.

Al abrirlo, se veían una serie de pequeñas figuras humanas y animales hechos de cerámica, que parecían asas de cuencos rotos, y varias hojas de hachas de piedra pulida y muy bien hechas. Finalmente, había una fuente de madera bellamente terminada con decoración tallada y una cabeza grotesca en un extremo a modo de asa. Era de

fabricación india antigua, pero no se parecía a nada que hubiera visto jamás. Estábamos asombrados, porque hasta el momento, nuestras propias excavaciones en Cuba sólo habían producido instrumentos muy toscos de concha y piedra.

“De una cueva cerca de mi casa”, explicó el joven. Sabía que el plato debía haber venido de una cueva, y además muy seca, o nunca podría haber sobrevivido a los siglos. “Mi familia, los Mosquera, son los dueños del lugar”.

“Hay otras cuevas en La Patana”, continuó, “algunas muy oscuras y muy grandes, en las que tememos entrar. En su interior se oyen sonidos extraños y el aire tiene un olor repugnante. En uno, dicen, hay un *Zemí*, un ídolo de piedra adorado por los indios hace mucho tiempo; y los abuelos nos dicen que en algún lugar dentro de ellos habita la serpiente monstruosa de Maisí, la *Culebra Serpiente*”.

Había oído historias sobre la “Serpiente” y podría haber pensado que contenían una pizca de verdad si los narradores no hubieran siempre insistido en que la criatura “canta como un gallo”. Eso fue demasiado para tragar. La historia del ídolo también podría ser un cuento de hadas; pero si realmente existiera –y pudiéramos encontrarlo– sería un premio para el Museo. En cualquier caso, las cuevas de La Patana merecían ser exploradas.

Nuestro visitante explicó que el nombre La Patana hacía referencia a una terraza boscosa –la llamó mesa– en el flanco sur de la gran meseta

<sup>1</sup>Curador, Southwest Museum, Los Ángeles, California

\*Nota del Editor: este artículo fue originalmente publicado en *Natural History. The Magazine of the American Museum of Natural History*, volumen LX, número 7, 1951, pp. 312-318, 335. Se ha respetado la ortografía original. Todas las palabras en cursivas se encuentran en español en el texto original.

caliza que forma el extremo oriental de Cuba. Dijo que había cinco o seis terrazas de este tipo, que formaban escalones gigantes desde la cima plana hasta el mar. La Patana, llamada así por el cactus Patana, se encontraba aproximadamente a mitad de camino.

Finalmente, terminamos nuestro trabajo en Jauco. Para entonces ya habíamos descubierto por qué los primeros especímenes que nuestras excavaciones descubrieron eran mucho más toscos que los finos artículos de La Patana: habían sido fabricados por un pueblo diferente —una tribu anterior, más primitiva, que había precedido a los indios taínos más avanzados encontrados por Colón en el este de Cuba.

Los primeros pueblos, a quienes llamábamos “Ciboney”, aparentemente no cultivaban, sino que vivían enteramente de los productos naturales del bosque y el océano —principalmente los primeros, a juzgar por la gran cantidad de conchas de caracoles terrestre y pinzas de cangrejo terrestre que dejaban en sus basureros de cenizas. En lugar de cerámica, fabricaban cuencos y cazos con grandes conchas de caracol sin el interior, y la concha en lugar de piedra era el material para las hojas de hacha y las gubias. No tenemos forma de saber cuánto tiempo vivieron en Cuba; pero los huesos de un gran animal extinto, el pezoso terrestre (*Megalocnus*), se encuentran a veces en los depósitos de las cuevas ocupadas por el Ciboney, lo que sugiere que datan de hace mucho tiempo.

Después de ellos vinieron los taínos, un pueblo agrícola, cultivadores especialmente de yuca o mandioca y de maíz. De hecho, nuestra palabra “maíz”, aplicada al maíz indio, que proviene de la lengua taína. Eran hábiles alfareros y les encantaba decorar sus obras con pequeñas figuras de hombres y animales, modeladas en redondo. Las cabezas de sus hachas eran de piedra, a menudo bellamente moldeadas y muy pulidas. Su talla en madera era excelente y eran hábiles en hacer adornos y pequeñas estatuillas de amuletos en concha, hueso y piedra. Las cosas que nos trajeron desde La Patana eran indudables productos taínos.

Con grandes expectativas, trasladamos nuestra sede hacia el este, a la Finca Sitges, una extensa plantación de café y plátanos en la cima de la

meseta, propiedad del hospitalario Don Antonio Rey. Para entonces nuestro grupo había recibido una bienvenida incorporación: un representante del gobierno cubano, el Dr. Víctor J. Rodríguez, quién era zoólogo de la Universidad de La Habana. Por supuesto, La Patana fue uno de nuestros primeros proyectos.

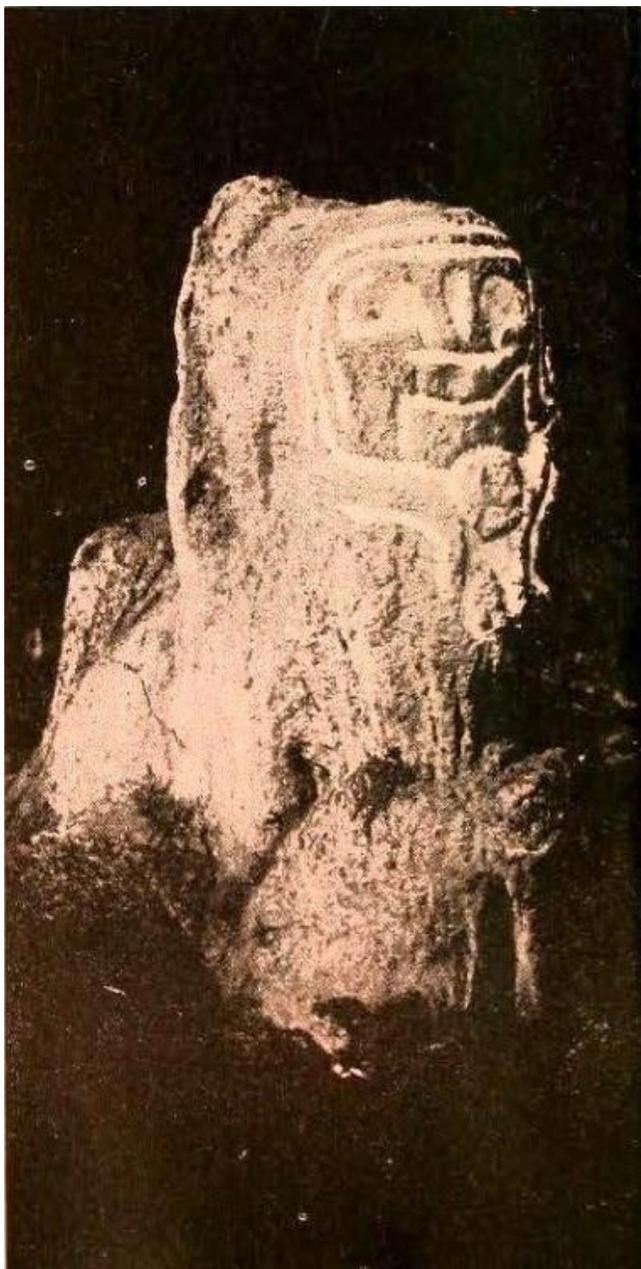
Siguiendo un estrecho sendero y cargados con paquetes de comida, hamacas y mantas, descendimos sobre los acantilados de piedra caliza y cruzamos extensiones de bosque tropical cubiertos de orquídeas. Finalmente, una vez más descendiendo, divisamos los techos de palma, las colmenas y los plátanos de hoja ancha que hablaban de la presencia humana. A los pocos minutos estábamos hablando con el mayor Mosquera, padre del joven que nos había visitado. Nos aseguró que podríamos explorar las cuevas a nuestro antojo. Ellos sólo usaban una, que contenía el manantial del que sacaban el agua.

Le pregunté por qué no tenían senderos para animales de silla o de carga. Me sorprendió su respuesta: “No es necesario”, dijo. “Aquí cultivamos la mayor parte de nuestros propios alimentos. Si necesitamos algo de la tienda, lo cambiamos con miel y cera de abejas, que se pueden transportar fácilmente a pie. Si se necesita dinero, los muchachos van a trabajar a las *fincas*”.

Encargó a uno de los “muchachos” —su hijo Cecilio— que nos mostrara los alrededores. Depositando nuestras mochilas y tomando sólo paletas, cámara, luces de carburo y una linterna, partimos.

Primero nos condujo por un muy transitado sendero hasta la Cueva del Agua, suministro de agua para la familia Mosqueras. Atravesando la entrada de la cueva con un arco alto, donde a lo lejos se alzaban estalagmitas que parecían grupos de estatuas, pronto llegamos al manantial de aguas cristalinas. Estaba en la parte de atrás pero todavía a plena luz del día. Buscamos y buscamos, pero encontramos pocos rastros de antiguos indios, excepto unos pocos trozos de cerámica en la misma entrada. Luego seguimos a Cecilio hasta el fatídico pasadizo que conducía de regreso a la montaña, que no habíamos notado antes.

“No sé adónde conduce esto”, dijo. “Nunca nos hemos atrevido a seguirlo. Pero tienen buenas luces; con ustedes no tengo miedo”.



**FIG. 1.** El ídolo en la cueva. Se erguía unos 50 pies dentro de la cueva, pero todas las mañanas un rayo de sol le daba de lleno en la cara

Con cierta inquietud partimos. El pasaje bajaba ligeramente y giraba hacia el oeste. Apenas empezábamos a sentirnos un poco más tranquilos, cuando de repente terminó –en un gran golfo negro. Viéndolo justo a tiempo.

Nos acercamos al borde con cautela y lo enfocamos con nuestras luces. Aparentemente el abismo no tenía ni fin, ni cima, ni fondo. Fue Rodríguez quien pensó en arrojar una piedra suelta al abismo. Después de un rato, la oímos sonar en

el fondo. “Después de todo, tiene un fondo”, comentó con una sonrisa irónica.

Mientras estábamos allí, unos cuantos murciélagos salieron revoloteando de la oscuridad, dieron vueltas alrededor de nuestras cabezas y desaparecieron de nuevo. Al abrir su equipo, Rodríguez sacó un cazamariposas con la esperanza de capturar nuevas especies de murciélagos. Apagamos las luces para no asustar a las criaturas, y mientras Rodríguez intentaba atrapar una que por primera vez notamos el peculiar olor acre que flotaba desde las profundidades.

Y entonces lo escuchamos: un sonido extraño, sobrenatural, rugiente, que se hacía cada vez más fuerte. Todos nos alejamos apresuradamente del borde del abismo. Gaspar Leiba, uno de mis ayudantes, medio desenvainó su machete. Los murciélagos quedaron olvidados.

Nos miramos asombrados. Ahora el sonido fue disminuyendo gradualmente hasta que no fue más que un murmullo bajo. Fui el primero en encontrar mi voz.

“¿Qué demonios es eso? He explorado muchas cuevas, algunas aquí en Cuba, pero nunca había escuchado algo parecido”. Por supuesto, no podría ser la *Culebra Serpiente*, ¿o sí? La idea no era agradable. Además, me avergüenza decirlo, pensé en el perezoso terrestre, un gran animal extinto cuyos huesos habíamos desenterrado en otra caverna. ¿Podrían rugir las serpientes monstruosas o los perezosos terrestres?

“No puedo entenderlo”, dijo Rodríguez. “No puede ser una cascada a gran profundidad porque el ruido no es continuo. Podrían ser las olas en una caverna marina, sólo que estamos demasiado altos y lejos del océano... ¡Escucha! El rugido comenzaba de nuevo.

Esta vez nos mantuvimos firmes, mirando por encima del borde, pero no apareció ningún monstruo. Todo era oscuridad como antes, pero notamos por primera vez un débil destello de luz del día, distante y muy abajo.

“¿Ven esa luz?” -Preguntó Cecilio. “Creo que esa es otra entrada, y tal vez pueda guiarlos hasta ella. Entré un día cuando era niño, pero algo me rugió y salí volando”.

Nos condujo fuera de la cueva, por un acantilado y alrededor de un punto saliente de la montaña. Allí, a lo largo de su base, se extendía un



**FIG. 2.** Dentro de la boca de Cueva del Agua -el medio adecuado para las aventuras oscuras que encontraron los exploradores

gran agujero, abierto al cielo y de unos cinco metros de profundidad. Afortunadamente, un gran árbol de *jagüey* creció en el extremo más cercano, y lo usamos como escalera para bajar. Había dos entradas a la cueva que iban desde el agujero hacia la montaña.

Cecilio eligió el que estaba más hacia el este y en unos minutos nos encontramos en una enorme y oscura cámara. El olor mucho más fuerte que antes y nuevamente escuchamos murmullos y rugidos misteriosos. Los sonidos parecían venir de un pasaje bloqueado con piedra caliza caída en el lado oeste de la caverna. Sin embargo, para asegurarnos de que íbamos por buen camino, envié a Gaspar con una linterna para que volviera sobre nuestros pasos. Efectivamente, después de un intervalo vimos su luz emerger muy por encima de nosotros en la pared opuesta.

Después de su regreso intentamos entrar en el pasaje bloqueado, pero no pudimos pasar. Entonces Cecilio sugirió que la otra boca de la cueva podría acceder al mismo pasaje al otro lado del desprendimiento de rocas. Estaba en lo correcto.

El olor era mucho más fuerte, y el rugido, cuando llegó, más alto aún. ¡Qué espectáculo teníamos ante nosotros! El suelo del pasadizo, hasta donde alcanzaba nuestra vista, estaba alfombrado de cucarachas vivas y en movimiento. Rodríguez, que no llevaba medias, mantuvo en movimiento sus piernas para evitar que las repulsivas criaturas subieran por sus pantalones. Y de vez en cuando veíamos un ciempiés grande y

brillante serpenteando solemnemente. Me di cuenta de que uno tenía una cucaracha en la boca.

Empezamos a caminar por el pasillo, aplastando cucarachas en cada paso. El aire se calentaba, los rugidos eran más fuertes y el olor era casi insostenible. Los murciélagos revoloteaban sobre nuestras cabezas. Pronto apareció un horror añadido; las paredes ahora estaban decoradas con enormes criaturas negras semejantes a arañas. Más tarde las identificamos como una especie de escorpión látigo sin cola, con un par de patas alargadas para usarlas como sondas en la oscuridad; pero en ese momento nos parecían grandes arañas negras.

A medida que avanzábamos, el calor era mayor y más opresivo; las luces parpadearon y la lámpara de queroseno se apagó. Aun así, podríamos haber continuado, de no ser por un motivo. Vi un montón de cucarachas peleando y luchando y las pateé a un lado para ver qué buscaban. Era un bebé murciélago, ya medio convertido en esqueleto, aunque la pobre criatura todavía se movía un poco.

¿Qué sería de mí si me invadiera el mal aire de ese horrible lugar? Ya me sentía un poco mareado. La misma idea debió asaltarnos a todos al mismo tiempo, porque nos dimos media vuelta y nos retiramos sin decir una palabra. Recuerdo que mirábamos nerviosamente hacia atrás cada vez que el rugido aumentaba, medio esperando ver... ¿qué era?

Subiendo de nuevo el acantilado, sacamos un par de cubos de agua del manantial y nos lavamos.

Luego, después de recuperar nuestras mochilas, colgamos nuestras hamacas para pasar la noche en los árboles cerca de la Cueva del Agua. Los Mosquera nos habían invitado a quedarnos con ellos, pero nos negamos cortésmente. Estábamos demasiado cansados y frustrados que ni siquiera disfrutamos de nuestra cena. Mi estado de ánimo no mejoró al darme cuenta de que no habíamos visto ni rastro de los antiguos indios desde que recogimos esos trozos de cerámica. ¿Dónde estaba el Ídolo de Cabo Maisí?

A medida que se acercaba la noche, notamos una nube negra de murciélagos que emergía de la boca de la cueva y emprendían su búsqueda nocturna de comida. Para comprobar qué podía estar pasando en la última cueva que habíamos visitado, bajamos de nuevo por el acantilado. ¡Qué espectáculo! Aquí estaban saliendo en enjambres. A Rodríguez le pareció que había diferentes especies y que los murciélagos emergían en grupos, cada especie volando juntos.

Aproximadamente una hora después, regresamos a nuestras hamacas; pero los murciélagos seguían acercándose: manchas negras revoloteando contra un cielo que se desvanecía.

Rodríguez se acercó y se sentó en el suelo junto a mi hamaca. Dijo, “Sabes, creo que el calor y el mal aire en esa cueva se deben principalmente a los murciélagos. Como habéis visto esta tarde, hay un número enorme de ellos. Mientras salen a cazar comida por la noche, la cueva debería refrescarse y tal vez entre un poco de aire fresco cuando regresen al amanecer. Si lo intentamos de nuevo temprano en la mañana, tal vez podamos llegar a alguna parte”.

Así lo acordamos. Nos levantamos al amanecer y tomamos de un trago nuestro café y nuestra galleta. A manera de precaución, enfundé mi calibre .38 en el cinturón. Todavía puedo imaginarme a mi pequeña fuerza: Rodríguez, de ojos marrones, rostro pálido, de cuerpo más bien frágil, pero de espíritu decidido, y armado con una pistola de recolección; Juan Guache, mi *ayudante*, de pura ascendencia española, de nariz aguileña, cara delgada y ojos tan azules como los hay. Llevaba un machete, al igual que los otros dos, que mostraban claramente su sangre india cubana: el pequeño pero fornido Gaspar Leiba y el larguirucho Cecilio Mosquera. Como equipo extra, Gaspar llevaba una

gran bolsa de lona, para usarla en caso de encontrar algo que valiera la pena coleccionar.

Pronto estábamos nuevamente en el corredor de las cucarachas. Rodríguez tenía razón. El aire era claramente más fresco, mucho más respirable; las luces ardían constantemente. Incluso el olor parecía menos acre. Pero el rugido... era tan fuerte y aterrador como antes. Pasamos por el lugar donde habíamos dado la vuelta anteriormente y seguimos avanzando. De repente, un rugido inusualmente fuerte nos detuvo en seco. Confieso que agarré mi arma. De pronto el aire volvió a parecer más caliente, más sofocante. La tentación de dar marcha atrás era fuerte.

Pero el sonido se apagó y nos obligamos a seguir adelante. Pronto estábamos en el umbral de otra gran cámara. Alumbramos con nuestras luces. ¡Dondequiera que miráramos, el alto techo abovedado estaba cubierto de murciélagos colgados! Además de estos miles, había cientos más revoloteando, buscando un lugar donde posarse.

“¡Escuchen!” Rodríguez susurró. El murmullo era claramente audible. Un murciélago es bastante silencioso, pero cientos de ellos, en ese espacio reducido... No había duda; el murmullo era el sonido de sus alas, reverberando desde el techo abovedado.

“Voy a intentar algo”, continuó. “¡Miren!”

“¡HOLA!” gritó.

Al instante todos los murciélagos de la cueva alzaron vuelo; ¡el murmullo se convirtió en rugido!

Nos quedamos allí, estupefactos. Poco a poco el sonido disminuyó a medida que las asustadas criaturas regresaban a sus lugares.

Habíamos solucionado nuestro mayor problema y, como resultado, un problema menor: el olor infernal en la cueva. Era “el perfume concentrado de los murciélagos”, como lo expresó Rodríguez. El suelo de la cueva estaba compuesto en su mayor parte por excrementos de murciélagos, acumulación de quien sabe cuántos años.

Una cuestión más difícil fueron las cucarachas. ¿De qué vivían? Parecía improbable que hubiera suficientes crías de murciélagos caídos o adultos muertos para mantenerlos con vida. Parecía probable que encontraran trozos de insectos en los excrementos de los murciélagos que se alimentaban de insectos, y Rodríguez ofreció otra posibilidad.

Recogió un puñado de guano de murciélago del suelo y dijo:

“¿Ves todos estos palitos de aspecto áspero mezclados con los excrementos? Creo que son núcleos de bayas *jubo*”. (Estas bayas crecen en los árboles y tienen núcleos fibrosos parecidos a las moras americanas). “Muchos de los murciélagos comen frutas”. él continuó. “Tal vez traen bayas para masticar; los núcleos caen al suelo de la cueva y las pequeñas *cucarachas* chupan el jugo restante”. En cualquier caso, los núcleos entraron en la cueva de alguna manera y las cucarachas debieron haberlos disfrutado.

De regreso por el corredor de las cucarachas, caminé cerca de la pared derecha, mirando los agujeros y grietas donde los antiguos indios podrían haber escondido algo de interés, como efectivamente habían escondido el plato de madera.

Al llegar a una grieta más grande, miré y me encontré cara a cara con una gran serpiente cuidadosamente enroscada, ¡su nariz a menos de diez pulgadas de la mía! Saltando hacia atrás, llamé a Rodríguez. El investigó con cautela.

“Es lo que llaman *majá*”, dijo, “pariente del boa constrictor. Voy a intentar atraparlo para el zoológico del Parque Colón en La Habana. No te preocupes, no es venenoso. De hecho, en Cuba no tenemos serpientes venenosas”.

Agitó su mano izquierda frente al agujero mientras Juan alumbraba con su luz; mantuvo su mano derecha a un lado, fuera de la vista. Vi a la serpiente levantarse, observar un momento y luego sacar la cabeza por la grieta para ver de cerca lo que estaba pasando.

Al instante Rodríguez lo agarró por el cuello y comenzó la lucha. Después de unos minutos, al ver que mi amigo no podía hacerlo solo, me le uní también. Cuánto tiempo estuvimos sudando y tirando, no lo sé. A veces teníamos a la serpiente casi fuera del agujero; luego, en un ataque de pánico y fuerza, casi se nos escapa.

Finalmente, Rodríguez tuvo una inspiración. Llamamos a Gaspar, que todavía llevaba el saco de lona, metimos la cabeza de la serpiente en su interior y luego soltamos al reptil. Aparentemente contento de encontrar paz y tranquilidad en el saco después de tanto alboroto, el reptil soltó su cola y por sí solo deslizó sus dos metros y medio de largo

dentro del receptáculo. Rodríguez ató el saco y eso fue todo.

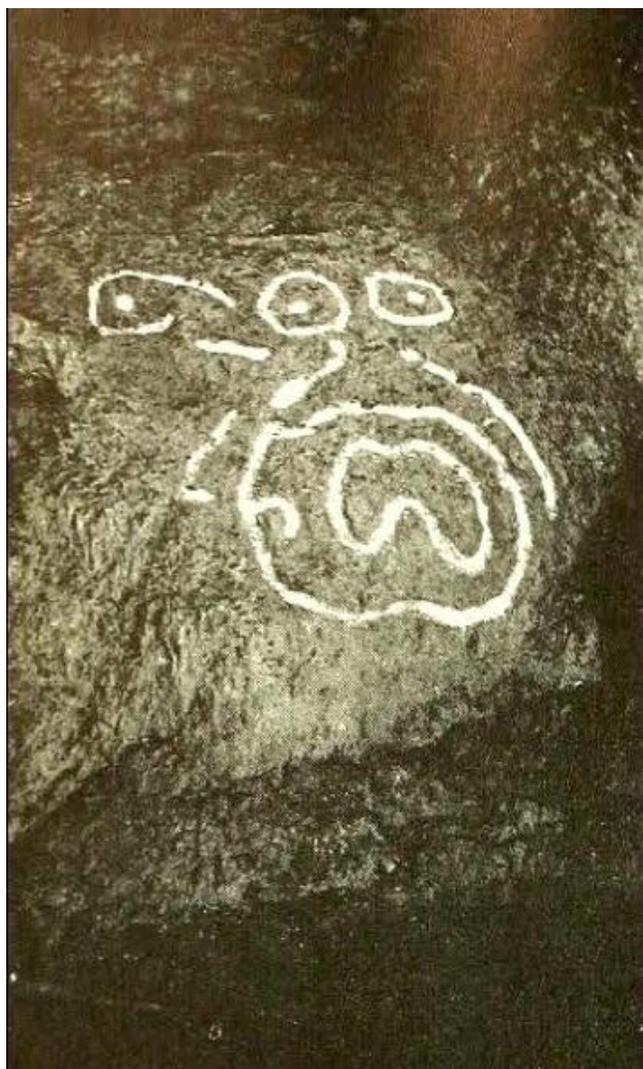
Mientras nos dirigíamos de nuevo hacia la entrada, nos sobresaltó un fuerte rugido a nuestra espalda. Ahora sabíamos lo que era, pero instintivamente aceleramos el paso. De hecho, casi estábamos corriendo cuando salimos a la luz del día.

Una vez en la fresca boca de la cueva, nos sentamos a recuperarnos. Gaspar, depositando con cautela la bolsa con la serpiente en un lugar liso, anunció: “Ahora, con permiso de los *señores*, me bañaré”. Se quitó el abrigo y los pantalones de algodón, las alpargatas y se metió a un charco de agua en el lado este de la abertura.

El resto de nosotros, igualmente sudorosos y sucios, pero menos ambiciosos, lo mirábamos con envidia. De repente noté, en la pared de la cueva más allá del estanque, algo inusual. Toda la superficie estaba cubierta de antiguos grabados indios, conocidos por los arqueólogos como “petroglifos”. Estaban a plena luz del día, aunque parcialmente ocultos por una incrustación.

Ahora, con renovado interés, miré alrededor de la entrada de la cueva en busca de más rastros de antiguos indios. A menos de cinco metros de distancia, me sorprendió descubrir que una gran estalagmita por la que habíamos pasado varias veces en nuestro camino hacia la cueva estaba toscamente tallada para representar una figura humana. No sólo tenía un rostro claramente marcado sino también indicios de un cuerpo tallado en él. Era el *Zemí*, ídolo de Cabo Maisí.

La estalagmita, de unos 4 pies de altura, se encontraba a unos 50 pies de la línea de refugio de la boca de la cueva, bajo la luz del sol, aunque tenue. La mayor parte de la talla estaba en la superficie de la estalagmita que miraba hacia el este. Aquí encontramos una cara claramente marcada formada por surcos picoteados que representan claramente la boca, la nariz y los ojos. Otros surcos sugerían extremidades y genitales masculinos, y otro más rodeaba la frente como una diadema. Esta imagen estaba colocada de tal manera por la naturaleza, que, a cierta hora de la mañana, al menos durante nuestra estancia en junio y julio, un rayo de sol que atravesaba una grieta caía de lleno sobre el rostro de la figura durante unos minutos.



**FIG. 3.** Una talla en la roca en Cueva Zemí

Las superficies norte, sur y oeste también tenían caras toscas indicadas por depresiones poco profundas, pero eran menos detalladas que la de la cara este. Para fotografiar la cara norte, por ejemplo, tuvimos que blanquear los surcos con almidón de yuca.

¿Quién hizo el ídolo? Lo consideramos un producto de los indios Taínos, quienes habían tallado el hermoso plato de madera, pero la mano de obra es tosca para estos artesanos tan hábiles. Quizás se remonte a los días de la tribu Ciboney, el pueblo mucho más primitivo que ocupó el este de Cuba antes de los Taínos.

Es probable que los misterios de las cámaras subterráneas, oscuras y calientes (el sonido rugiente, los millones de cucarachas y miles de murciélagos) existieran tanto en la época india como aho-

ra. De ser así, estos fenómenos impresionantes bien pueden haber causado la selección de esta cueva en particular como un lugar especial para el “culto a las cavernas”, que se sabe que también existió entre los emparentados indios de Haití.



**FIG. 4.** Plato tallado en madera encontrado en una de las cuevas: un producto de los desaparecidos indios Tainos

Pero ¡ay de mi sueño de encontrar un verdadero premio para el museo! Me había imaginado una estatua de piedra o madera que pudiera levantarse y transportarse. ¡El ídolo, al ser una estalagmita, estaba anclado al fondo de la roca de la cueva! Además, debía pesar entre 400 y 500 libras, demasiado pesado para cualquier animal de carga, incluso si pudiéramos sacarlo. Y si conseguíamos encontrar un animal de carga lo suficientemente fuerte, todavía no existía camino alguno desde La Patana hasta el mundo exterior.



**FIG. 5.** Vasija de cerámica con asas de cabeza humana hecha por los indios Tainos cerca de Cabo Maisí, Cuba

Todo lo que pude hacer fue fotografiar el ídolo y las tallas; y cuando regresamos a Finca Sitges, los mencioné en mi informe de rutina enviado por correo al Museo. Lamentablemente, pensé que ese era el final del asunto.

Pero estaba equivocado. Un día, al regresar de un viaje, encontré un cable del Director, Dr. Heye, “CONSIGUE ESE IDOLO” era todo lo que decía.

Claramente, la primera necesidad era un sendero, así que fuimos a explorar y descubrimos que construir uno en los acantilados estaba fuera de discusión; tomaría demasiado tiempo. Nuestra única esperanza sería seguir la terraza de La Patana hacia el este y conectar con el antiguo sendero que va desde lo alto de la meseta hasta el faro de Cabo Maisí. Eso sólo llevaría días, no semanas. Así que nos dedicamos a apartar rocas y, cuando fue necesario, a abrir un camino a través del crecimiento tropical con machetes. En un lugar, donde la piedra caliza bajo los pies estaba llena de agujeros y puntas afiladas, tuvimos la inesperada tarea de rellenar estos *dientes de perro* (“dientes de perro”), como los llamaban los cubanos locales. Una vez finalizado este trabajo, ¡qué emoción fue montar a caballo por el nuevo sendero hasta la desembocadura de la Cueva del Agua!

Pero ahora vino el verdadero problema —extraer el ídolo— y cuanto más estudiamos la situación, peor parecía. Incluso si pudiéramos separar el ídolo en una sola pieza, ciertamente no podríamos transportarlo. Sin embargo, no nos atrevimos a romperlo por la fuerza por miedo a destrozarlo.

No recuerdo quién sugirió una sierra para madera de corte transversal para dos personas. Tenía

dudas, pero compramos una vieja de los Mosqueras y la probamos en otra estalagmita. Funcionó, lentamente, sin duda, pero eficientemente; y aprendí por primera vez que una sierra para madera corta la piedra caliza. A Gaspar y Cecilio les llevó poco más de una semana cortar el ídolo de su base y en pedazos lo suficientemente pequeños como para sacarlos de la cueva, fuera del agujero y subir por el acantilado hasta La Patana, donde los cargaron en nuestra propia mochila. En pocas horas estaban en el faro de Cabo Maisí.

Sin tableros disponibles, sólo había una respuesta al problema de las cajas. Cortamos tablas de un tronco de “cedro” con una sierra antigua; y teníamos los clavos. Para el embalaje utilizamos musgo español de árboles de otra localidad.

A su debido tiempo llegó la goleta que traía suministros para el faro y ancló en alta mar. Don Ramón, el farero, envió un mensajero y yo bajé a toda prisa para hacer los arreglos. Las cajas fueron trasladadas en un bote de remos hasta la goleta que las entregó en el muelle de Baracoa, a la espera del barco bananero noruego que las transportaría a Nueva York.

Una vez recibidas de forma segura, las piezas se volvieron a montar; y el ídolo de Cabo Maisí, por fin fue expuesto en el Museo del Indio Americano, de la Fundación Heye, donde aún se puede contemplar.

¿Sería que a estas costas llegó además del ídolo de oro algún grupo humano que trajo consigo su cultura y la enseñó a los pobladores de esta región?

¿Sería producto de intercambio comercial entre los indios de Yaguajay con los habitantes del Continente?

¿Fue rescate de algún naufragio de un galeón español en estas costas? ¿O se trata de un ejemplar autóctono?

Sea cual fuere su procedencia, es necesario que los amantes de nuestra Pre-Historia nos esforcemos por conocer más de la vida, trabajo y arte de aquellos primeros pobladores de estas tierras que los Cronistas coloniales nos hicieron aparecer como una raza abúlica, carente por completo del sentido del arte, agresiva a la que fue necesario exterminar para el éxito de los apetitos coloniales.